

## SERMON

PARA LA

### FIESTA DE LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA.

Exurgens autem Maria in diebus illis, abiit in montana cum festinatione in civitatum Juda.

Poco despues parte Maria con prontitud y va á las montañas de Judea á una ciudad de la tribu de Judá.

Luc. 1. v. 39.

¿Qué nuevo prodigio es este, católicos? Una doncella tímida, flaca, criada hasta entonces, dice San Ambrosio, en la tranquilidad y en la vergüenza del retiro, que poco antes no podia sufrir sin turbacion la presencia de un ángel, se manifiesta hoy al público, se expone hoy á la vista de los hombres, sin hacer caso de los sustos y peligros de un largo y penoso viaje.

¿Seria acaso porque incrédula quiere tener por prueba de su maternidad el milagro de fecundidad de Isabel, ó porque

incierta y dudosa va á confiarla el secreto de la embajada del ángel, para saber lo que ha de creer, ó porque soberbia con su nueva dignidad se da prisa, por una de aquellas secretas ansias que la inspira la alegría, para ir á anunciar la nueva á su prima?

¡Ah! exclama San Ambrosio; en este misterio todo está publicando la fe y la humildad de María; convencida de que el Omnipotente se agrada de obrar grandes maravillas, sabe que no le es mas difícil el unir la fecundidad con la virginidad, que con una esterilidad vergonzosa. Empieza á descubrir que la historia de las Saras y las Anas no habia sido mas que un preludio de lo que está pasando á su vista; pone los ojos en su nada, á proporcion que el Señor mas se acerca á ella para ensalzarla, y hallándose Madre del Salvador de Sion, á quien tantos siglos habian prometido, á quien tantos justos habian anunciado, y deseado tantos reyes y profetas, va á tributar á Isabel los mismos respetos que su Hijo habia de tributar algun día al Bautista, y se cree como él obligada á cumplir toda la justicia: *Sic enim decet nos implere omnem justitiam.*<sup>1</sup>

Ni la vergüenza, continúa este santo padre, en la que es tan delicado este sexo, que muchas veces tiene en él lugar de virtud, ni la dificultad de los caminos, ni lo largo del viaje asustan su delicadeza; sin reflexionar en los obstáculos que el amor propio aumenta y multiplica siempre con tanto arte y eficacia, se entrega al divino impulso que la arrastra, y sigue sin detenerse las impresiones del Dios que lleva en su pecho: *Non a publico virginitatis pudor, non a studio asperitas montium, non ab officio prolixitas itineris retardavit.*<sup>2</sup>

1 Math. 3. v. 15.

2 San Amb.

Permitidme, señores, que me cifa á estas tres reflexiones. Si no examino la profundidad del misterio, es porque tenemos mas necesidad de ser movidos que instruidos. Estos milagrosos hechos en que se funda la religion, consuelan verdaderamente la razon y la ponen casi de acuerdo con la fe; pero comunmente dejan al corazón toda su tranquilidad; son unos relámpagos que nos regocijan por un instante, segun la expresion del Evangelio, pero casi nunca llegan á abrasarnos; apliquemos, pues, todas las circunstancias de este misterio á la edificacion de nuestras costumbres.

¿Cuáles son los obstáculos que nuestro amor propio opone casi siempre á la gracia? Primeramente, una falsa vergüenza que nos hace usar de respetos con el mundo y nos impide el que nos declaremos abiertamente por Jesucristo; en segundo lugar, lo difícil de la virtud que nos acobarda; finalmente, la aspereza del camino que entibia nuestro celo y nos persuade á que podemos usar de mitigaciones y buscar rodeos acomodados á nuestra flaqueza. María, pues, emprendiendo sola este viaje, confunde aquellas infinitas razones de nuestra vergüenza, que no nos permiten seguir el llamamiento del cielo; esta es la primera reflexion. María, no obstante lo delicado de su edad y de su sexo, yendo á buscar á Isabel, atravesando las montañas y mas ásperos caminos, condena nuestra flojedad que se acobarda con la dificultad de la virtud, y se detiene en el vicio; esta es la segunda; finalmente, María, dándose siempre prisa, no obstante lo largo del viaje, nos enseña á no usar de rodeos ni mitigar con nuestras lentitudes y temores los rigores de la vida evangélica. Esta será la última; ved aquí todo el objeto de este discurso. Pidamos al Espíritu Santo sus luces por la intercesion de esta Santa Virgen. *Ave María.*

## PRIMERA PARTE.

Entre todos los errores que hoy corren en el mundo, no hay otro menos contagioso que el que atribuye gloria al vicio y vergüenza á la virtud; bien lo sé, católicos, y yo no quiero atribuir aquí al siglo excesos imaginarios. La iniquidad, no obstante el desórden del corazon humano, no ha podido hallar aún en nosotros una proteccion pública; apenas se ven ya aquellas almas desesperadas que se glorían de su confusion, como dice el apóstol, y que ponen su gloria en su infamia. El pecado trae siempre consigo cierta indignidad, cuyo espectáculo todos quisieran ocultar al público, y no sé por qué reliquias de rectitud el mismo siglo no puede menos de condenar en público lo que su corrupcion le hace aprobar en secreto.

Pero hay vicios menos odiosos, desórdenes mas felices, pecados agraciados, si es lícito decirlo así, que parece haber prescrito contra el Evangelio; que los coloca el siglo honrosamente entre las virtudes, y que no manifestando á primera vista fealdad alguna, retienen toda la malicia de vicio, sin retener su vergüenza y sus horrores.

Digo, pues, que de la engañosa idea que se atribuye á estas falsas virtudes, que son vicios verdaderos, nacen aquellos respetos tan poco cristianos y aquellos temores culpables que hacen que nos avergoncemos de Jesucristo; digo que de aquí proviene que hagamos tantas acciones contra el interior aviso de la conciencia, que omitamos otras muchas, cuya necesidad conocemos interiormente, y todo por no dar que decir al mundo. ¿Cómo no nos hemos de conformar, decimos, con unas costumbres que ya han

prevalecido? ¿por qué he de ser yo singular cuando el comun no hace escrúpulo? Es constante que el mundo no reprueba tal cosa, pero tambien lo es, que la reprueba el Evangelio. ¿Debo yo, pues, condenar á todo el mundo con mis singularidades? Por eso sucede que la piedad, acobardada y tímida, busca las tinieblas ó se ve precisada á conformarse con las costumbres de los mundanos ó á fingir como David en la corte del rey Achis. Casi nunca se atreve á manifestar todo lo que ella es; cuando al contrario, el vicio aplaudido ostenta lucimiento en vez de temer manifestarse. ¡Ah! ¿no bastaba que la flaqueza y corrupcion de nuestro corazon nos hiciera penosa y amarga la virtud? ¿era menester que el desórden del espíritu la añadiese tambien la vergüenza y el desprecio?

Hoy en la conducta de María tenemos con qué conven- cer al mundo en un punto de tanta importancia. ¿Cuál es el motivo que la saca de Nazareth? Un ángel viene á anunciarla que Isabel, no obstante su edad y su esterilidad, era fecunda; que la misma Señora habia sido llena de la virtud del Altísimo, y que el *Emanuel* tantos siglos antes prometido, habiendo descendido á su seno, iba por último á ser la luz de las naciones y la gloria de Israel. Pero el público ignora esta embajada tan extraordinaria y augusta. ¿Cómo puede, pues, contar el que la han de creer sobre su palabra? ¿no es mas regular el verse expuesta á las murmuraciones de los insensatos y á las burlas de los espíritus que se precian de discretos?

Por otra parte, descendiente de la sangre de los reyes de Judá y poco antes ilustrada con la cualidad de Madre de Dios, ¿no parece que con esta accion se opone al bien parecer, y que abate demasiado su nueva dignidad, yendo á ejercitarse en los mas viles oficios con una mujer que tan

inferior era á ella? Finalmente, ¿pueden acomodarse bien las leyes de un riguroso pudor con los contratiempos y casualidades que son inevitables en un largo viaje?

De este modo se engaña, ¡oh Dios mío! una razón enferma; de este modo las almas flacas, demasiado ingeniosas para engañarse, se glorían continuamente de que tienen la fe suficiente para desear llegar á aquellas montañas santas de la tribu de Judá, pero que no tienen la necesaria para seguir los caminos que pueden conducirlos á ellas.

¿Qué de razones no nos proponemos para cegarnos? ¿cuántos falsos pretextos no nos suministra el amor propio?

Un grande gime por la multitud que le rodea, y entregado á los cuidados de su fortuna, á las obligaciones de su empleo y á los cumplimientos de su estado, opone estas débiles razones á la voz del cielo que le llama. Quiere interesar á Dios en sus flaquezas, y cree que la sujeción á las leyes que ha inventado el capricho ó la vanidad de los hombres, es una razón justa en la presencia de Dios para dispensarle de las divinas leyes del Evangelio.

Yo no puedo hacer demostraciones de singularidad ni condenarme á un eterno retiro, os dirá una mujer cristiana; yo bien quisiera que el uso autorizase una vida mas oscura y retirada en las personas de mi clase, y que el mundo no hubiera hecho una ley de ciertas bagatelas de que yo me abstendría sin mucho trabajo; ¿pero he de pasar plaza de ridícula con la singularidad de mi modo de proceder? ¿me he de hacer extraordinaria por parecer devota?

Pero, ¡oh Dios mío! en el día terrible de vuestras venganzas ¿no habeis de juzgar á los grandes y al pueblo por un mismo Evangelio? La falsa vergüenza que sofoca en tantos corazones las semillas de la gracia que en ellos arrojais, aquella ley del siglo, aquel Evangelio de los mun-

danos, ¿podrán formar alguna excepcion en las máximas generales del Evangelio de Jesucristo? Y si vuestra justicia pudiera sufrir mitigaciones en una ley que mandais observar hasta su último punto, ¿la relajaríais acaso en favor de los poderosos del mundo que os disputan hasta la mas leve mortificación, y que jamás han sabido privarse de un solo deleite por vuestro amor ó en favor de aquellos infelices que por los secretos fines de vuestra Providencia están acá en la tierra entregados á la hambre, á la sed y á otras muchas calamidades, y que agobiados con el peso del yugo no han podido siempre poseer sus almas en su paciencia?

¿Qué ceguedad es la nuestra, católicos, en este punto? No queremos abrazar una piedad que nos haga reparables y pasar por hombres extraordinarios. Pero si es universal el contagio, ¿cómo podreis salvaros sin ser singular? Si todos van por camino ancho, ¿cómo quereis seguir la senda del Evangelio sin ser notados? ¿acaso Noé, por ser universal la inundacion, no debia edificar el arca y salvarse en ella con su familia? ¿debió Loth, por evitar la singularidad, esperar tranquilamente el incendio de Sodoma? Desengañaos, amados oyentes míos; los santos siempre han sido tenidos por hombres extraordinarios. Estamos hechos, decia antiguamente San Pablo, un espectáculo de los ángeles y de los hombres; la vida mas comun no puede ser vida cristiana, y tenemos segura la condenacion cuando no quereamos salvarnos sino con la multitud, porque ésta no reconoce ni frecuenta mas camino que el ancho y espacioso que guía á la perdicion. Y vosotros, católicos, si estais de buena fe en este asunto, ¿no conoceis las ilusiones de las criaturas? ¿pueden éstas tener siempre razones para ofender á su Dios y vivir para el mundo, á quien debemos aborrecer

y detestar como nuestro mas cruel enemigo? ¿no se han de volver nunca ni han de servir á este Dios tan bueno, tan amante de nosotros y tan bienhechor, al mismo tiempo que todas las cosas nos están gritando que habiendo sido criados solamente para Dios, solo debemos vivir para Dios? ¿ha de haber en todas las edades, en todos los estados unos cumplimientos incompatibles con el Evangelio? ¿á uno le ha de servir de pretexto el ser demasiado jóven, á otro la vejez flaca y enferma? Si las cosas nos suceden prósperamente, nos excusamos con el tumulto y embarazo de la fortuna; si el Señor carga su mano sobre nosotros, mas cuidadosos de nuestras desgracias que de los delitos que dan motivo á ellas, dilatamos la conversion para el tiempo de mas calma y tranquilidad; si gozamos de una perfecta salud es necesario atender á mil cuidados, á los cumplimientos y distracciones de nuestro puesto y estado; si nos hallamos heridos con una enfermedad que nos priva del comercio del mundo, todos son cuidados y medidas para recobrar la salud; el negocio de la eternidad, solemos decir, pide demasiada atencion, y no nos hallamos en estado de poder hacer nada; tenemos sobre nuestra conciencia unos abismos que jamás hemos penetrado bien y que piden tiempo y libertad de espíritu; finalmente, tememos empeorar nuestros males con las mismas reflexiones que debieran servir para aliviarlos.

De este modo se nos pasan todos los momentos de la gracia, y de este modo apartamos nosotros mismos la mano saludable que llama á la puerta de nuestro corazon, al mismo tiempo que somos tan ingeniosos en lo temporal para no perder aquellas favorables coyunturas, que nos ofrecen esperanzas de fortuna y establecimiento. Los grandes tienen sus instantes, solemos decir, y la habilidad consiste en

saber aprovecharse de ellos: ¿pero no tiene tambien los suyos la divina clemencia? ¿creemos acaso, católicos, que nuestro Dios es un Dios de todas las horas, que distribuye sus gracias segun nuestros caprichos; y que despreciado mil veces, cuando se nos ofrece, no se ha de cansar por último de nuestras dilaciones y desprecios? ¡Ah! digámoslo para nuestra confusion; los hijos del siglo son mas prudentes que los hijos de la luz; los primeros no pierden ocasion alguna, porque su deseo es vivo y eficaz, y nosotros dejamos perder las mas favorables ocasiones, porque nuestra caridad es débil y tibia.

¡Oh, Dios mio! ¿cuántas veces me habeis advertido, solicitado, importunado para que entre en vuestros caminos? ¿cuántas veces, aun al tiempo de salir del delito, en vez de arrojar sobre mí los rayos de vuestra justicia, me habeis alargado una mano favorable, y os habeis aprovechado del momento en que satisfecha la pasion, y ya mas sosegada, dejaba libertad á la razon para reflexionar, para exponerme las terribles resultas de una vida delincuente? ¡Ah! el hombre mas bárbaro se enterneceria, si al mismo tiempo que nos atravesara un puñal por el pecho, cuidásemos de su seguridad; ¿y mi alma siempre rebelde, y siempre favorecida ha podido hasta ahora resistir á todos los esfuerzos de vuestro amor?

¿Pero no os cansareis, por último, de vuestros favores y de mis desprecios? ¿estareis siempre á la puerta de mi corazon solicitando la entrada? ¿mi conversion depende de vos ó de mí? ¿podré yo volver á tomar, cuando me agrada, las gracias que me habeis ofrecido y yo he rehusado? ¿no me avisais vos de que vendrá tiempo en que yo os buscaré y no os hallaré, y que acabándose mis delitos con una muerte funesta, empezará entonces mi eterno suplicio?

Pero aun mas: Dime, ¡oh hombre tan ilustrado en las máximas del bien parecer! cuando con tus desórdenes y licenciosa vida eras el escándalo de la ciudad, ¿servía la vergüenza de freno para contenerte? dime, ministro del Señor, cuando olvidado de tu carácter bajas del sagrado altar para parecer en público, violando tú mismo las leyes de que eres depositario y protector, ¿te has abstenido jamás de una sola diversion por medio de las murmuraciones públicas? Cuando aquella mujer á quien su excesivo porte y la irregularidad de su conducta hacian que fuese la fábula de su barrio y la vergüenza de su familia, á quien los amigos y parientes hacian unos cargos tan fuertes, contra quien se enfurecia su marido justamente irritado, porque aniquilaba manifestamente su casa; ¿corrigió acaso sus excesos con las rígidas y austeras leyes del bien parecer? ¡Ah! Entonces, siendo la pasion mas fuerte, la hacia insensible á todo; solamente con vos, ¡oh Dios mio! somos tímidos y circunspectos; solo nos excedemos en precauciones cuando se trata de serviros; para esto reparamos en todo, todo nos lo impide, y aun abultamos vanas sombras, y temblamos á vista de unas fantasmas que nos formamos nosotros mismos.

Pero ¡oh Señor! ya conozco lo injusto de mi conducta en este punto. Cuando se trataba de ofenderos hacia gala de mis desórdenes á cara descubierta y de ser pecador declarado; tranquilo entonces acerca de los intereses de mi honor, de mi fortuna, de mi conciencia y de la amistad, sacrificaba sin escrúpulo mi reputacion, mis bienes, mis amigos y mi salud; pero si me he de volver á vos, si he de pasar de esta region de tinieblas á la de la luz, me abandona mi fuerza, veo espirar al primer obstáculo todos mis proyectos de conversion; me parece, como á Pedro, que me anego al mismo tiempo que vos me teneis por la mano; y esto con-

siste en que no domina en mi corazon vuestro amor, como entonces dominaba la pasion; cuando este sagrado amor ha llegado á establecer su imperio en un corazon, no hay dificultad que le acobarde; aun los trabajos le son deliciosos, y santamente engañado con el divino atractivo de la gracia, lejos de aumentarse á sí mismo los obstáculos, se hace ingenioso el corazon para minorárselos. Este es el ejemplo que hoy nos da María; no la detienen las vanas razones de la carne y de la sangre: *Exurgens, abiit*. Ni la dificultad de los caminos, ni las mas inaccesibles montañas asustan su fe: segunda instruccion para aquellos á quienes la dificultad de la salvacion sirve de estorbo para seguir el camino del Evangelio. Esta es la segunda reflexion.

#### SEGUNDA PARTE.

Reinan en el siglo dos errores muy opuestos, aunque igualmente peligrosos, acerca de la dificultad de la salvacion, y á estos dos errores deben atribuirse los vicios y falsas virtudes de los cristianos.

El primero, que es el que ahora voy á impugnar, es el de los que asustados con la idea que forman de la perfeccion cristiana, y acobardados con solo el aspecto de la montaña evangélica, creen sea inaccesible el camino; y sin acordarse de que lo que es imposible para los hombres no lo es para Dios, solamente envejecen en la iniquidad, porque juzgan no poder llegar jamás á la verdadera justicia; ilusion peligrosa que ultraja á la gracia del Salvador.

La conducta, pues, de María nos ofrece hoy con qué poder desengañar al siglo de esta primera ilusion. Inspirada por el Altísimo del camino que debía seguir, no acobardan su flaqueza las mas inaccesibles montañas: *Abiit in*